

Homilía del 6 de enero de 2019
Epifanía del Señor

Nosotros simplemente no podemos creerlo. ¿Qué es lo que no podemos creer? Que Jesús ama a cada ser humano en la tierra, malo o bueno, rico o pobre, no importa cuál color o clase, no importa cuál etnia o cultura. Él nos ama a todos. ¿Cómo yo lo sé? En las palabras de una canción de los niños en inglés, «La Biblia me lo dice». A través de muchos siglos Dios se ha revelado a sí mismo y a su gran amor por todas las personas al cumplir gradualmente sus promesas que afirman su amor. La lectura del Evangelio de hoy es la proclamación de este cumplimiento del cual es profetizado en nuestra primera lectura y en el salmo; es proclamado por el santo Pablo en nuestra segunda lectura. Pero aún así, parece, que nosotros no podemos creerlo.

Algunos de nosotros recordamos que era común para los católicos a decir que alguien que no era católico no fue salvado y para protestantes decir que alguien que no era un protestante de su versión del protestantismo no fue salvado. Cada uno consignó al otro a condenación eterna. Esa condenación incluyó a cualquiera que hiciera preguntas, y va por descontado que los judíos y musulmanes fueron condenados. Recuerdo hace algunos años leyendo en el «Des Moines Register» que el jefe de una denominación protestante dijo que Dios no escucha oraciones judías. Algunos cristianos hoy siguen diciendo que si nosotros no «nacemos de nuevo» según su interpretación estamos condenados al castigo eterno. En las palabras de un pastor protestante, «Si nosotros morimos sin Cristo nuestro caso vendrá a juicio y Dios tiene suficiente evidencia para condenar al infierno—y él lo hará»

Las lecturas de hoy y otras lecturas que estas lecturas se refieren a contradijeron estas opiniones. Segundo Isaías, escribiendo antes del 538 A.C., mientras que los judíos estaban cautivos en Babilonia, escribió estas palabras a los fieles:

«Yo, el Señor, te he llamado en justicia;
te he tomado de la mano.
Yo te formé, yo te constituí
**como pacto para el pueblo,
como luz para las naciones** (Isaías 42:6).

Dios promete que su pacto con su pueblo fiel se extenderá a todas las naciones, es decir, a toda la gente en todas partes para iluminarlos como él ha iluminado a sus fieles. En un capítulo posterior de la misma obra, el profeta Isaías otra vez escribió a los fieles:

«No es gran cosa [dice el Señor] que seas mi siervo,
ni que restaures a las tribus de Jacob,
ni que hagas volver a los de Israel,
a quienes he preservado.
**Yo te pongo ahora como luz para las naciones,
a fin de que lleves mi salvación
hasta los confines de la tierra»** (Isaías 49:6).

Homilía del 6 de enero de 2019
Epifanía del Señor

El pacto de Dios con los judíos es que ellos permitirán «los confines de la tierra» para recibir la salvación de Dios.

Algunos años más tarde, el tercer Isaías, autor de nuestra primera lectura, escribía a la gente de Dios después de 538 A.C. El rey Ciro no sólo había permitido que ellos regresaran a su patria pero también él había dado provisiones para reconstruir su ciudad, Jerusalén, y el templo. Oímos la proclamación de tercero Isaías:

Levántate y resplandece, Jerusalén,
porque **ha llegado tu luz**
y la gloria del Señor alborea sobre ti.

En estas palabras, escuchamos el comienzo del cumplimiento de las palabras del segundo Isaías. Noten que dije, **el comienzo** del cumplimiento, porque los propósitos y los planes de Dios se extienden sobre siglos y sobre muchas tierras y muchas personas. Pero algún día esa luz iluminará a las naciones que traerán sus ofrendas y proclamarán «las alabanzas del Señor».

Entonces escuchamos el Evangelio. Fue escrito muchos siglos más tarde, en el cumplimiento continuo de la promesa, anunciando la venida de los magos—hombres que no eran judíos—que veían «luz para las naciones» en la estrella que los condujo, si no desde «los confines de la tierra», ciertamente desde un muy largo camino. Y escuchamos la segunda lectura, las palabras de San Pablo, que escribió:

. . . este misterio, que no había sido manifestado
a los hombres en otros tiempos
. . . ha sido revelado ahora por el Espíritu
a sus santos apóstoles y profetas:
es decir, que[,] por el Evangelio, también los paganos
son coherederos de la misma herencia,
miembros del mismo cuerpo
y partícipes de la misma promesa en Jesucristo.

Debemos creer que Dios ha extendido su amor y misericordia a los judíos y los gentiles, a los ricos y los pobres, no importa cuál color o clase, no importa cuál etnia o cultura—a todas las personas por igual. Esta misericordia es dada a nosotros como individuos, no a este grupo étnico, pero no a aquél—a todas las personas. Nosotros que hemos recibido misericordia debemos extender misericordia a los otros, a todos los demás, viendo a cada persona como un hijo de Dios, no como miembro de este grupo o aquél, no como otros, sino como nuestra hermanas y hermanos. Así que ¿quiénes eran aquellos magos? ¿Paganos? ¿Zoroastrismos? Eso no era importante para Dios. Cada uno de ellos vino a adorar al rey cuya luz los condujo como una estrella. Eso fue todo lo que importó. ¿Quién es esta persona? ¿Quién es esa persona? Él y ella son personas hechas a la imagen y semejanza de Dios. Ellos son hijos e hijas de Dios; son nuestros hermanos y hermanas. Eso es todo lo que importa.